

LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTÍFICA

(CONTINUACION DE EL ECO DE LA VETERINARIA).

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes, en combinacion constante con una serie de obras científicas (siendo la que actualmente está en serie una «Fisiología comparada».)

PRECIOS DE SUSCRICION.

Al periódico y á la Fisiología.—Lo mismo en Madrid que en provincias, 18 reales trimestre. En Ultramar, 100 rs. al año. En el Extranjero, 25 francos al año.—Cada número suelto, 2 rs.

Al periódico solamente.—Lo mismo en Madrid que en provincias, 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. En Ultramar, 80 rs. al año. En el Extranjero, 18 francos tambien por un año.

Sólo se admiten sellos de franqueo de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administracion no responde de los extravíos; pero abonando siempre en la proporcion siguiente: 11 sellos por cada 4 rs.; 16 sellos por cada 6 rs.; 27 sellos por cada 10 rs.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION.

En Madrid: en la Redaccion, calle de la Pasion, números 1 y 3, tercero derecha.—En provincias: por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redaccion libranzas sobre correos ó el número de sellos correspondiente.

NOTA: Las suscripciones se cuentan desde primero de mes.—Hay una asociacion formada con el título de LA DIGNIDAD, cuyos miembros se rigen por otras bases. Véase el prospecto que se dá gratis.—Todo suscriptor á este periódico se considera que lo es por tiempo indefinido, y en tal concepto responde de sus pagos mientras no avise á la Redaccion en sentido contrario.

PATOLOGIA Y TERAPEUTICA

Curaciones obtenidas con la medicacion balsámica de D. N. F. A.

Casos prácticos.

(Continuacion)

En la noche del 3 de Mayo último se me presentó la esposa de D. Jacinto Ruiz Castellanos, primo hermano mio, que reside en Linares, trayendo consigo un niño suyo enfermo, de año y medio de edad. Con el derecho que da un parentesco tan cercano, con la confianza que inspira el gran cariño que le tengo, y en la desesperacion en que se hallaba por los rápidos progresos del mal y por la inutilidad completa de los medios empleados hasta entonces, remitíame mi primo su hijo, exigiendo de mí el tratamiento de la enfermedad que padecia.—Esta enfermedad era lo que en medicina humana ha recibido los nombres de *convulsiones de los niños*, *insulto epiléptico*, *epilepsia pueril* y últimamente de *ECLAMPسيا DE LOS NIÑOS*; y, como se verá después, tocaba ya en los momentos de una terminacion funesta inevitable.

La afeccion databa de más de dos meses, y en este trascurso de tiempo no habia cesado de agravarse, no obstante las precripciones del médico, que sólo consiguieron aumentar el número de los accesos y hacerlos más durables: la administracion del éter, sobre todo, y sus inhalaciones por las aberturas nasales cuando el niño estaba accidentado, habian producido efectos desastrosos.—Que la madre habia tenido un gran susto cierto dia durante el embarazo; que todos ó casi todos los hijos del matrimonio habian padecido *alferecia*, esto (y nada más

que esto) servia de fundamento á la opinion emitida por el médico atribuyendo al padecimiento una causa hereditaria. Y, en verdad sea dicho, no seria muy lógico presumir otra cosa, toda vez que el niño se encontraba en buen estado de carnes, habia echado todos sus dientes y un colmillo sin la menor novedad, no daba muestras de padecer absolutamente nada de la boca, no presentaba indicios de tener lombrices intestinales, y comia y digería perfectamente.—Únicamente existia un dato singular que ofrecia recelos de representar alguna significacion patológica. Sobre la region temporal izquierda presentaba el niño una extensa y abullada cicatriz entre reseca y callosa, resultante de una de esas *pupas* que tan frecuentes suelen ser en los niños de los pueblos; y más arriba de la frente existia una costra grande, deprimida en toda su extension, seca, fuertemente adherida y rodeada de un círculo de piel irritada.—Como digo, esta particularidad pudiera motivar, acaso, la aparicion de los accidentes eclámpticos; pero, interrogada sagazmente la madre, supe que no se habia procedido bruscamente, ni para cicatrizar la *pupa* de la sien, ni para desechar la otra de la region frontal. De consiguiente, era cuando menos presumible que los repetidos paroxismos nerviosos ejercieron una poderosa revulsion distrayendo la vitalidad normal del tegumento cutáneo en los parajes ocupados por las *pupas*, y de aquí el estado de reseca etc., en que se encontraban las mismas.

Como debe suponerse, la enfermedad habia empezado por conatos, por amagos de ataques; los accidentes se formalizaron luego, aunque raros; después fueron creciendo en número (4, 5, 10, 14, 18 y aun más) en el espacio de cada 24 horas; y el dia 3 de Mayo (que fué el de la venida del niño) fueron tan frecuentes los ataques durante el viaje, que

cuando ya pasaron de 20 la madre dejó de contar. . . Aquella misma noche de la llegada (de las 12 en adelante) todavía sufrió el niño nuevos ataques. Empero la observación rigurosa de estos paroxismos, da principio en el día siguiente (4 de Mayo), desde cuya fecha *ni un solo instante* le faltó la vigilancia al niño, y minuto por minuto, de día y de noche, se fueron anotando en un cuaderno todos los detalles de la enfermedad.—Los períodos á que han de referirse estas anotaciones son: desde las 6 de la mañana de un día hasta las 6 en punto de la mañana siguiente.

Día 4.

20 ATAQUES. PUNTOS Y MEDIO DE SUOS.

Examinando detenidamente en este día el estado en que se encuentra el niño, se comprende la inmensa gravedad del mal que trae. Percíbese un calor *profundo* en toda la parte anterior superior de la cabeza; hay parálisis del movimiento, completa en el brazo izquierdo, incipiente en el brazo derecho; la cabeza está inclinada sobre el hombro izquierdo en los intervalos que dejan los ataques; la coloración de las *pupias* (1) revela algo de siniestro, pues consiste en un matiz sucio medio-llvido, medio-rojizo. Por lo demás, el niño está alegre; desempeña bien sus funciones generales; tiene apetito, anda hasta solo (pero se cansa en seguida), y conoce cuando le va á dar el accidente, por una sacudida interior que le precede.—Durante los ataques, la coloración de las *pupias* sube al rojo oscuro (siempre sucio); la piel de la cara y de la frente se inyecta; la cabeza se coloca en la dirección del tronco; los brazos quedan inmóviles y en pronación; pero rígidos y agitados *interiormente* por movimientos convulsivos sumamente rápidos y enérgicos; alguna que otra vez las piernas participan del estado de los brazos; los dedos fuertemente doblados sobre la palma la mano; el cuello también rígido; los ojos fijos, muy abiertos y con las pupilas extremadamente dilatadas; se declara luego un sudor general más ó menos copioso; la respiración se oye, y el niño vuelve en sí retratando en sus labios y en su rostro una sonrisa encantadora. Tal es la descripción sumaria de los accidentes que se presentaban el día 4 de Mayo. Después han ido modificándose en intensidad, en duración y en alguno de los fenómenos característicos; pero hay que advertir que nunca hubo espuma en la boca.

Antes de abordar un tratamiento (aunque sin esperanza de éxito), dejé en este día sometido el niño á una observación escrupulosa, y pronostiqué resueltamente una terminación funesta. La inminencia de una congestión cerebral era tangible; las parálisis avanzaban hacia el pecho infundiendo temores de una asfixia; y estas dos complicaciones, señaladas por todos los autores como causas ostivas de una

(1) Abrazaremos con este nombre la cicatriz de la sien (y la placa crustácea situada más arriba de la

muerte segura, no podían en manera alguna infundirme á mi el menor aliento para acometer empresas como esta que se me había encomendado.—Digan cuanto gusten los *novatos* en medicina sobre la eficacia teórica de los baños generales, de las afusiones de agua fría, de los antiespasmódicos, de los revulsivos, de los preparados ó compuestos de zinc, del almizcle, etc. etc., en el terreno de la práctica se toca bien de cerca la imposibilidad ó la inconveniencia suma de administrar y aun de aplicar medicamentos á los niños; se palpa casi siempre la necesidad de concretarse á medios suaves; y cuando se trata de una eclampsia tan grave y tan adelantada como esta, los médicos juiciosos se guardarán muy bien de prometer la curación. La eclampsia termina en la muerte (es sentencia consignada) cuando la frecuencia de los ataques es tal, que sobreviene la asfixia ó una congestión cerebral. . . . En el principio de este fin siniestro nos veíamos el día 4 de Mayo.

Consagrado á la observación del niño en este día, sólo traté de aminorar la intensidad ó las consecuencias de los ataques, aplicando al caso el método expectante y procurando moderar el régimen alimenticio, sobre cuyo último extremo ninguna precaución habían aconsejado á la madre. Así, cada vez que se presentaba el accidente hice que el niño tuviera colocado en la inmediación de las aberturas nasales un trapito empapado en una dilución acuosa del bálsamo antiséptico interno (60 gotas de bálsamo en una jicara de agua) (1); pues, convencido como estaba de que el éter había exasperado los accesos allá en Linares, y no atreviéndome á usar el amoníaco líquido, preferí hacer uso de la dilución balsámica, que, sin tener los inconvenientes del alcali volátil, excita (por la naturaleza de su olor particular) la pituitaria, y al penetrar sus vapores en la sangre (por el intermedio de los pulmones) ejerce una acción sedante casi instantánea, que se ha visto siempre comprobada. Una compresa mojada en un líquido frío y mantenida sobre la frente (2), y unas fríeguitas en las piernas, ó bien en otros casos la aplicación de una bayeta caliente á los pies; á esto y al mencionado recurso de las inhalaciones balsámicas, se han reducido los medios puestos en práctica durante cada acceso en la portentosa sucesión de sus presentaciones.—Para bebida usual se dispuso la

(1) Esto mismo se ha hecho siempre durante todo el curso del padecimiento; y constantemente se ha visto ceder la intensidad del ataque, resultando también este más breve y menos molesto. Cuando en los días sucesivos los paroxismos llegaron á durar cinco minutos (y más), hice pruebas comparativas empleando y dejando de emplear las inhalaciones de esta dilución balsámica; pero tuve que apr. . . .

(2) Recuérdese lo que se ha dicho sobre las *pupias* que tenía el niño en la cabeza. Esto me ha obligado á ser muy parco en el empleo de los repulsivos á la cabeza. . . .

infusiones de tila por cuanto al régimen alimenticio (lo mismo en el día 4 que en los demás), se procuró hacer que consistiera en sopicaldos, sopas de ajo, matgón poquito de carne cocida, acelgas preparadas en un guiso sencillito, y cortezas de pan tierno.

Día 5 (1).

38 ataques. — Urge prevenir la congestión cerebral, cada vez más inminente; urge también contener en su marcha las parálisis de los brazos (que son hoy más pronunciadas) á fin de evitar que avancen hasta interesar los músculos intercostales y produzcan en su consecuencia la asfixia del niño.

Tratamiento. — Una bebida compuesta: de medio cuartillo de agua (con un poco de azúcar); 60 gotas de bálsamo antiséptico interno; y otras 60 gotas de bálsamo de salud (este último bálsamo con el objeto de hacer que prepondere la acción tónica). De esta bebida se le dieron al niño tres cortadillos (como 1/4 1/2 jicaras) en el curso del día. — Contra las parálisis, fricciones suaves (pero sostenidas) en los brazos con una pomada de bálsamo anticólico (2). En el fin, á título de sedante general, fricciones (también suaves y sostenidas) con manteca de cerdo á todo lo largo del raquis. — Minus y otras fricciones han de hacerse dos veces al día. Desde la caída de la tarde se advierten tendencias á un movimiento crítico; hay un malestar general *sui generis* que anuncia una revolución en el organismo.

Día 6.

54 ataques; pero menos intensos y más duraderos. Desde por la mañana se establece la crisis: secreción abundante de mucosidades bronquiales, de la orina y del sudor; excrementación copiosa; mucho babeo. Las parálisis muy mejoradas. No hay ya contracción del cuello ni ardor sobre la frente durante los accesos. — Sigue el mismo tratamiento del día anterior.

Día 7.

45 ataques como los del día 6. Desde la noche del 6 se observó que el niño estaba algo constipado (había habido que lavarle repetidamente); su voz era ronca y estornudó alguna vez. Desde la una de la tarde del mismo día 6 no había vuelto á excrementar; y aunque continuo orinando mucho, hubo menos babeo y sudó menos. Al estreñimiento ha debido contribuir el haber tomado el niño bastante sustancia de arroz, que le fue dada

(1) A partir de esta fecha, considerando que los pormenores expuestos son suficientes para que se pueda formar un cabal juicio sobre la naturaleza del asunto que nos ocupa, me limitaré á consignar lo que literalmente consta del diario de observaciones que acerca de esta enfermedad he ido trazando.

(2) De bálsamo anticólico, una dracma; de manteca de cerdo (sin sal) una onza. Incorpórese por agitación con una espátula, vertiendo el bálsamo sobre la manteca.

por mediación de una persona *extranea*. — Unas lavativas de agua libia con un poco de sal y aceite movieron el vientre en abundancia. — Las parálisis están mejor. Los temores de congestión cerebral desaparecen. — Se suprime la sustancia de arroz, y en todo lo demás se sigue el mismo tratamiento. Pero, en vista de que desde las cuatro y media hasta las cinco y cuarto de la madrugada del día 8 le dieron al niño nueve accidentes que alarmaban, le administré seis gotas de bálsamo anticólico en un poquito (tres cucharaditas) de agua con azúcar. — Desde el momento de esta administración, el niño quedó tranquilo, y no volvieron á presentarse los ataques sino hasta la hora que se precisará en la reseña del siguiente.

Día 8.

27 ataques, en general más breves y menos intensos. El primer accidente de este día fue á las ocho y diez minutos de la mañana; justamente tres horas después de haber tomado el niño las seis primeras gotas de bálsamo anticólico. — Pero habiéndole dado á las doce del día cuatro ataques seguidos, se le administraron cinco gotas de bálsamo anticólico como la vez anterior. En el acto cesaron los ataques, y el niño se quedó dormido tranquilamente por espacio de tres horas. — Las evacuaciones de vientre, el babeo, etc., se efectúan en abundancia. Las parálisis *no están peor*. Se continúa con las asturas de manteca y pomada de anticólico. Se suprime la bebida hecha con los bálsamos de salud y antiséptico interno. Infusión de tila para bebida *á discreción*. — La mejoría general es evidente.

Nota. Aquí es de advertir que el tiempo (por la tarde) empezó á variar, de templado que era, en frío crudo y con vientos fuertes. Durante la noche, el niño ha presentado indicios de indigestión; pero nada más.

Día 9.

60 ataques: el 1.º á las 6 1/2 de la mañana; el 2.º cinco minutos después.

Al presentarse este 2.º ataque, y previendo una recesión tal vez más espantosa que la del día 7, administré al niño inmediatamente 5 gotas de bálsamo anticólico (siempre en agua con azúcar). El niño se quedó dormido; pero habiéndosele movido el vientre abundantemente, se despertó media hora después. Hoy ó como un desesperado, hubo que sacarle de la cama; y la provechosa acción del bálsamo quedó *trastornada* por falta de tranquilidad y del abrigo indispensable. — Así y todo, en las primeras horas de la mañana los ataques fueron más raros; pero durante el día y toda la noche sigufente me alarmaron por su atroz frecuencia. — A las once y media de la mañana, desesperado yo con tanto ataque (pues en el espacio de 5 1/2 horas iban ya doce), administré al niño cuatro gotas de bálsamo anticólico, que retardaron por una hora los accidentes, y el

niño se durmió entonces. La eficacia del bálsamo anticólico se hallaba comprobada esta vez como siempre; sin embargo, había que estar en guardia para evitar que la reacción general que provoca este medicamento llegara á tomar proporciones demasiado intensas, y por esta razón me abstuve de dar más gotas en este día.—Lavativas de agua tibia, aceite y sal, que obraron muy bien. Siguen las unturas, la tila para bebida; y nada más.

Día 10. 49 ataques.

Al darle el 2.º (á las 6 y treinta y cinco minutos de la mañana), temiendo que la sucesión de los accesos fuera creciendo en rapidez como el día anterior, administré al niño cinco gotas de bálsamo anticólico. Quedaron suspendidos los ataques por más de dos horas; excrementó el niño, y se durmió tranquilamente.—Se presentan señales de estar *acabando de romper un colmillo*, sin que á ello hubiese precedido ningún indicio de incomodidad en la boca.—El día se pasó, en general, mejor que el anterior. No obstante: á las dos de la tarde fué necesario dar al niño cuatro gotas de bálsamo anticólico, porque en el espacio de dos horas había sufrido doce ataques. Estos cedieron entonces por espacio de muy cerca de tres horas, y el niño descansó y durmió. Adviértese que los accesos son frequentísimos cada vez que el niño empieza á coger el sueño.—Al anocheecer se repitieron los ataques con aterradora frecuencia; pero desde las diez de la noche en adelante, hubo más tranquilidad.—No se dió más bálsamo anticólico en este día, ni tampoco se le administraron lavativas. El resto del tratamiento, como en el día anterior.

Nota. En este día, además de los 49 ataques formales de que se ha hecho mérito, suelen presentarse otros varios que se quedan en *amagos*; lo cual no me disgusta, porque preveo una modificación en la indole de los accesos.

Día 11. 31 ataques.

El tiempo había mejorado; la noche del 10 al 11 se había pasado con bastante alivio; el niño se despertó por la mañana con solos dos ataques, excrementando y contento; todo hacia presagiar una mejoría.—Atribuía yo la principal causa de este alivio á que en el día 10 el bálsamo anticólico había desenvuelto una poderosa reacción general (casi febril); reacción que yo busco de intento y que deseo conservar, pero que conviene que sea bastante moderada.—El niño estuvo perfectamente hasta las 9 1/2 de la mañana, que empezó á tener sueño. A las dos menos cuarto de la tarde le volvieron los ataques, muy frecuentes. Se le dieron entonces cuatro gotas de bálsamo anticólico con lo que se suspendieron los ataques, quedando el niño, despierto y tranquilo hasta las cuatro de la tarde.—Después redoblaron su frecuencia los ataques, despierto ó dormido el

niño, á todas horas.—Tratamiento general, el mismo de los días anteriores; á excepcion de que por la mañana di al niño dos cucharaditas de lechada normal de bálsamo de salud, con objeto de tonificar un poco las funciones del estómago é intestinos, probablemente algo trastornadas, quizás á causa de la baba.—El sudor no ha sido tan abundante en este día; la excrementación, el babeo y la orina, sí.—Las parálisis, más que de parálisis, revisten yá el carácter de una debilidad muscular.

Día 12. Once ataques.

Aunque el tiempo ha vuelto á cambiar un poco en vientos, la mejoría del niño fué notable desde por la mañana. Á eso de medio día se pronunció más la reacción general casi febril que desde el día 10 por la tarde había promovido el bálsamo anticólico; y por lo visto hay alguna tendencia en esta reacción semi-febril á presentar el tipo intermitente.—En la seguridad yo de que esa reacción casi febril es de una grande importancia terapéutica, y de que ha de desaparecer ella por sí sola, me abstuve en este día de perturbar dicha reacción en lo más mínimo: no se administró al niño bálsamo de ninguna clase. Siguen las unturas, la tila para bebida, y en lo demás el mismo plan.—El babeo y la urinación continúan abundantes, la excrementación toca algo en diarrea. La pupa costrosa de la cabeza presenta algun pus.—Cuidados generales y prudencia.

Día 13. Un solo ataque.

El tiempo sigue vario; pero es bonancible.—La tranquilidad con que el niño ha dormido en la noche del 12 al 13, su manera regular de despertarse, todo indica que se está operando un notabilísimo cambio favorable.—Redúcese el tratamiento á cuatro cucharaditas de lechada entre normal y débil de bálsamo de salud administradas hasta la hora del medio día; á las unturas y á la infusión de tila.—La reacción ó tensión semi febril determinada por el bálsamo anticólico subsiste, y á eso de la una de la tarde toma algun incremento (como en los días anteriores).—Por primera vez, en este día se duerme y se despierta el niño sin sufrir ningún ataque, sin *amagos* siquiera.—La pupa costrosa de la cabeza supura francamente. Se la limpia con suavidad, y se la unta con manteca.—Las parálisis se confunden más cada vez con una debilidad muscular; yá no inspiran cuidado.—El babeo y el sudor no son tan abundantes; la excrementación y la orina sí.

(Concluirá.)

MADRID

IMPRENTA DE LÁZARO MAROTO,
calle de San Juan, núm. 23.

1874.